

REVISTA FACULTAD NACIONAL DE AGRONOMIA

DIRECCION:

José V. LAFAURIE ACOSTA ——— Jesús ATEHORTUA RAMIREZ

AÑO I

Agosto de 1939

VOL. I

Nro. 1

Apartado aéreo N°. 568.—Dirección Postal: Facultad Nal. de Agronomía,
Teléfono: 32-30. ——— Medellín—Colombia, S. A.

(Licencia pendiente para tarifa reducida).

EDITORIAL

Un impetuoso y profundo anhelo de contribuir en algo a la construcción de una Patria vigorosa, fuerte económicamente y por lo tanto libre, nos aúpa para sacar esta Revista, no obstante las muchas dificultades que empresas de esta índole apareceja. Tal pensamiento que domina — como timonel avisor — nuestro espíritu; la clara conciencia y el hecho real, de que el país carece de una orientación sabia, racionalmente aconsejada acerca de su industria primordial, e indispensable —si aspiramos con indomable pasión— a un holgado dominio del futuro; la clarificación de problemas de orden técnico, y la divulgación entre el agricultor colombiano de conocimientos que debieran de estar hoy al alcance de todo el mundo, y que nuestro irredento campesino ignora aún, dificultando así y ha-

ciendo casi imposible su mejor estar; la pérdida dolorosa de trabajos de investigación que verifican nuestros camaradas y de cuyo conocimiento sólo guarda memoria el círculo reducido de amigos que lo rodea, perdiéndose así para la economía del país las utilidades prácticas que la divulgación de esas experiencias engendrarians; y ante todo y sobre todo, el pensamiento de las primeras líneas de este escrito, serán el abroquelado escudo detrás del cual resistiremos las inevitables crisis a que toda publicación, a pesar de su noble aspiración de servir, está sujeta.

Urgente e indispensable es hacer reaccionar al país, en materia de trascendental importancia para su vida, lo contrario sería signo fatal de muerte. La reacción puede operarse vigorosamente, ya que las condiciones privilegiadas de Colombia, sus inagotables recursos naturales, lo ubérrimo de su suelo están clamando para que esa reacción se opere. Sólo falta el impulso creador, titánico del hombre pero coadyuvado por la acción intensa, decidida del Gobierno. Donde todo está por hacer en materia de fomento agrícola, el hombre por fuerte que sea su decisión de dominio, hace quiebra ante el medio incomprensivo por una parte, por otra, de una incultura de plomo. Factores que relieván la urgencia de un intervencionismo protector para la agricultura.

A caballo sobre el continente, Colombia está en una posición excepcional de dominio. Bien dirigidos, es decir, orientados hacia una etapa industrial de la agricultura, podríamos ser y debemos ser el granero de América. El castigo del trópico lo compensamos con nuestra cimera localización geográfica. La rutina nos encadena como a Prometeo, pero la acción consciente será la liberadora.

El elemento humano, palúdico, piánico, tuberculoso, que sobre el surco clamante fecunda del alba al cre-

púsculo la tierra, y que jamás exige ni reclama la ayuda oficial, es la columna vertebral de nuestro progreso. Sin su heroico esfuerzo perderíamos nuestra fuerza de gravitación, y eñ hambre sería la natural secuela si—humillado por tanta desesperanza— abandonara rebelándose su pejugal, que amasa con el diario sudor. Sigue actuando y determinando los fenómenos de la dinámica social, el axioma de Smith: Capital hombre, Capital tierra y Capital dinero, son los creadores de la riqueza. La falta de uno de ellos conduce a la inacción. En el caso colombiano, actúa como un pesado fardo sobre su estructura económica, el descuido tradicional con que se ha mirado nuestro Capital humano. El más elemental concepto de la vida, si se quiere, la más egoísta concepción del hombre como animal de trabajo, obliga a actuar al Gobierno sobre esa zona social, para liberarla de sus dolencias físicas. Luchando contra esas circunstancias adversas, nuestro campesino sigue operando en el progreso. Creador de riqueza, sólo su apego al hogar, su noble elación de llegar a ser propietario, lo acicatan para continuar en la ingrata labor de darlo todo y no recibir nada. Este pequeño análisis de nuestro campesino, no es sino el reflejo de la contemplación inconforme de ese estado social y el deseo muy sincero de procurar la elevación de su standard de vida, ya que entre las finalidades fundamentales de esta Revista, ocupa el primer plano la defensa de ese elemento. Defenderlo y elevarlo es propender por el poderío del país. El árbol que tiene las raíces sanas da señales permanentes de vida, aunque el marchitamiento y la muerte amenacen sus copos.

Sabido es que la crítica sobre sus defectos, dolencias físicas, rutinarismo empecinado o la exaltación de sus grandes virtudes, tesón en la brega, amor al hogar, nada construyen, en nada les soluciona su doliente lu-

cha. El sedante está en manos de los elementos directivos, del Estado, que en el desarrollo de una amplia política agraria, debe invertir un alto porcentaje del presupuesto en la Agricultura y no el mísero coeficiente que hoy presenta ese olvidado Departamento Administrativo. Cabe aquí deplorar la supresión del Ministerio de Agricultura que si lentamente iba haciendo una labor desde esa alta jerarquía administrativa, toda ésta ha quedado reducida a la muy secundaria que efectúa desde los rincones del Ministerio de la Economía. La nueva creación de ese ministerio se impone como una obligación, determinada por el hecho de estar la economía nacional en función directa de la industria agrícola.

Un análisis desprevenido del presupuesto nacional, produce una desesperada sensación de pesadumbre. Ni el más industrializado y militarizado país europeo, presenta coeficientes más reducidos para la Agricultura. Si ese abandono en lo fiscal ha sido la activa tradición de nuestra política, en lo económico, tal abandono ha llegado a límites insensatos. Hasta hace algunos años era jugarse la gerencia de un Banco, autorizar un préstamo para la Agricultura. Las instituciones de crédito, prestaban grandes sumas —sólo casi con la responsabilidad verbal de un rico ciudadano— a cualquier recién llegado que concibiera el formidable proyecto de construir un edificio para arrendar apartamentos, o para con el dinero del préstamo especular en la Bolsa. En cambio, limpios y saneados títulos de sus haciendas no eran suficientes a nuestro honrado agricultor para alcanzar como generosa merced, un préstamo reducido e insuficiente. La causa de estos fenómenos se debe a la elección misma de los directores de Banco y Cajas de Crédito. Por que no se ha entregado —hoy que sí hay personal competente— las gerencias de las Cajas y Seccionales de

Crédito Agrario, a los Ingenieros Agrónomos? No será de simple sentido común que un profesional de esta competencia, tiene más vinculaciones con el campesino, con el agricultor en general y que por lo tanto tiene mejores referencias directas sobre su capacidad de pago, y sobre todo sabe más a conciencia cómo ha de operar ese crédito, que un abogado, un dentista, un médico, un don cualquiera o un veterano? Debe anotarse esto entre las causas principales de por qué el crédito agrícola apenas comienza a llegar lentamente al campesino. El crédito salva y es el factor principal en la economía, pero bien dado y bien pedido. El criterio metafísico que nos alienta tiene que recoger banderas. Para las cosas del bien comer, del bien dormir, del bien vestir, es decir, del bien vivir, la metafísica es inoperante. Estamos en la época positiva de que habla Comte, y el técnico es su amo.

Tan apartada y quizás más de los favores del fisco y de la ayuda del crédito, ha estado nuestra industria ganadera. Existe, a pesar de esos dos factores y a pesar también de los mismos ganaderos. La rutina y el abandono, la falta de cooperación y el intermediario inescrupuloso la asesinan por la espalda. Pero todavía subsiste. El fondo ganadero creado recientemente será — bien distribuido — un tonificante, que rectifica en algo el itinerario de abandono inexplicable que por tanto tiempo se ha recorrido para aniquilar esta poderosa fuente de riqueza nacional. Una Federación nacional de Ganaderos se impone. Su creación es vital para esa industria.

La inmensa prosperidad económica de los Estados Unidos de Norte América ha estado desde sus comienzos en función de su Industria Agrícola. Ella, le ha permitido dedicarse en condiciones ventajosas a la explotación de las otras. Su agricultura prosperó por sus técnicos y por la lluvia de créditos arrojada sobre

el agricultor. Sus dirigentes enfocaron los beneficios del erario y de la economía a impulsar por todos los medios la producción campesina. Ellos sí tenían conciencia de los destinos anchurosos que forjaban. En el agro radica el poderío de un país y esta verdad se extiende hasta aquellos más industrializados. Actuar contra estos intereses o abandonarlos a contingencias desfavorables o entregarlos a la sola iniciativa particular no es hacer patria, es ir a la antipatria.

La crítica a fondo del estado actual de nuestra agricultura, las perspectivas de esa industria y las recomendaciones que puedan hacerse para lograr una situación de florecimiento integral, pide espacio, meditación concienzuda y discriminación de cada uno de los temas que informan su estudio.

La política de partido recluta nuestros mejores contingentes humanos; la inteligencia colombiana se encuentra ubicada, en esa zona, y es necesario procurar un deslizamiento a campos de más noble, más constructiva actividad. La gimnasia continuada sobre esos temas hace de nosotros sagaces pensadores políticos y en cambio pésimos economistas y administradores. Necesitamos hombres de acción, pero también clarificadores, orientadores, que precisen y enrumben al país por sendas de verdadero progreso. Virgen está el campo para la acción y el pensamiento constructivo y, aunque muy lejos de querer asumir la petulante posición de campaneros, si invitamos para que desde las columnas de esta Revista, todo aquel que tenga una idea que exponer sobre problemas económicos, técnicos y administrativos en materia agrícola, la exponga sin reservas. Provengan ellas de la extrema derecha a la extrema izquierda, serán bien recibidas, pues esta pu-

blicación aspira ser una cátedra libre en donde libremente se expongan las ideas.

Huelga advertir que si el nombre de esta publicación la hace susceptible de aparecer como órgano oficial, su carácter de orientadora imposibilita se enmarque dentro de esos límites y por tanto la Facultad Nacional de Agronomía no se hace solidaria de todas las tesis que en ella se sostengan.

El país necesita que se le haga una sana atmósfera de agitación sobre problemas agrícolas. Muy poco se ha escrito sobre algunos puntos fundamentales para la solidificación de un gran futuro económico; poco se ha reflexionado sobre otros y apenas si se inician como débiles tanteos algunos de trascendencia incalculable. Sin querer pontificar sobre estas materias, dejamos a la consideración de nuestros lectores, las siguientes ideas, cuya necesidad de realizar son un axioma:

a). — La cooperativización impuesta por el Estado. Con ella el campesino se libera del intermediario y puede atender en condiciones ventajosas su producción. Atinadamente ha dicho un ex-Ministro nuestro: "El progreso moderno se caracteriza por la creciente centralización del comercio, del sistema bancario y de la producción industrial. En frente de esta centralización se encuentra el campesino en una posición aislada y débil, casi siempre a merced de los comerciantes locales, más hábiles que él, quienes le suministran los artículos de primera necesidad, obligándolo a entregarles sus productos en condiciones desfavorables que lo convierten siempre en su prestamista forzoso. Esta condición inferior de deudor permanente nunca le permite al campesino salir de la miseria, porque todas sus relaciones con el mercado están bajo el control inmediato y severo de sus acreedores.

Por tal motivo, el agricultor no debe limitarse al solo cultivo de sus productos, dejando en manos de terceros la distribución de los mismos, porque así pierde su justa influencia para la fijación de precios, a veces más decisiva para su economía que muchas medidas simplemente técnicas. Y la rentabilidad económica es siempre en último término, el objetivo de todo trabajo humano.

Sólo cuando, gracias a la eficaz ayuda del Estado, se unan los productores agrícolas de los distintos cultivos en una forma cooperativa, sistemática y solidaria, parece fundada la noble esperanza de llegar a la independencia económica del país. Sólo así podrían llevarse las industrias al campo, en vez de centralizarse en las grandes ciudades, lo que ofrece muchas ventajas económicas y sociales”.

b). — Modificación del criterio comercial y político que ha venido rigiendo en nuestras obras públicas, construyendo en cambio vías de penetración hacia los centros de reconocida producción agrícola que facilite la salida de sus productos a los mercados de consumo. ¿Será aventurado calificar de suntuario el plan de pavimentación de carreteras, cuando aún en muchas zonas del país apenas si existe la vieja trocha española?

c). — Intensificación de altos estudios agronómicos. La Facultad Nacional de Agronomía debe ser el epicentro orientador hacia una etapa más real y positiva de nuestra economía, que dote al país del personal técnico capaz de realizar la tan ansiada transformación de nuestros rutinarios sistemas de producción. Esto justifica la desvelada atención que ella merece por parte del Estado. La Reforma Agraria no puede operarse sin el concurso de sus técnicos.

d). — Envío de misiones agrícolas al exterior, for-

madas por Ingenieros Agrónomos que realicen estudios especializados sobre las distintas ramas de la Agronomía.

e). — Levantamiento de un mapa de las regiones agrícolas, en donde se clasifiquen los distintos suelos, se especifiquen los fenómenos meteorológicos dominantes y se indique el habitat correspondiente a cada cultivo, dando así al agricultor una brújula que le evite los riesgos a que el azar fatalmente lo condena.

f). — Modificación del ambiente en que se desenvuelve la vida campesina. La despoblación de los campos es consecuencia lógica de las primitivas formas de vida que en ellos se lleva. La carencia casi absoluta de las más elementales comodidades del hombre civilizado, hunden al elemento de los campos en un estado de pesadumbre selvática que tiene sus derivaciones naturales en el terreno de lo espiritual. Cuando la tónica del siglo XX es el confort —estimulante poderoso que impulsa todos los días a la búsqueda de más altas formas de vida— a nuestras masas rurales no se les ha dado ni el pequeño acicate de una vida higiénica.

No se necesita mucha agudeza sociológica para diagnosticar un vuelco completo de nuestra economía si logramos colocar al campesino en condiciones favorables de vida. El plan del Estado de dotarlo de casa blanca e higiénica, será paso trascendental para descontrolarle su actual medio, que por lo estrecho e ínfimo le inhibe todo deseo de superación. Cristalizada esta noble y justa iniciativa, llegarían las otras comodidades a formar el medio propicio para que toda empresa de cultura encontrara en él un receptor consciente. Así, podría aceptar sin oponer las muchas resistencias que hoy ofrece —y que hace imposible la

labor del Ingeniero Agrónomo— los consejos técnicos acerca del laboreo de las tierras, las ventajas del uso de semillas seleccionadas, del empleo de mejores reproductores, del abandono de sus primitivos implementos de labranza por maquinaria moderna. etc. etc.

g). — Incremento de la colonización. *Ella serviría de base para el desarrollo y explotación de otros cultivos, que intensificados pudieran ser materia de exportación, en cantidad tal, que reemplazaran en un momento de crisis, a que todo país monocultivista está expuesto, las entradas que derivamos de la exportación del café.*

h). — Irrigación de las zonas donde pueda prosperar una agricultura industrializada. *Dentro de nuestra anarquizada climatología, es un hecho evidente la presencia en esas zonas de una época de fuertes lluvias y otra de intensa sequía. Dice al respecto el doctor Jorge Alvarez Lleras (1): "Desde 1 hasta 12 grados de latitud norte no son iguales las estaciones, es decir, las épocas de sequedad y de lluvia, por cuanto influye la latitud así: en la región comprendida poco más o menos, entre los 8 grados de latitud norte y el ecuador, hay dos estaciones lluviosas y dos de sequía, mientras más al norte no hay más que una estación seca y otra de lluvia. A los 10 grados 25' de latitud, cesan casi completamente las lluvias de enero a abril, extendiéndose la estación seca de diciembre a mayo, o sea por espacio de cinco meses". Si a este largo período agregamos la resequedad producida por los intensos rayos solares del trópico, tenemos que concluir que esas feracísimas tierras se convierten en impropias para la agricultura, cuando una irrigación eficaz podría dar-*

(1) «Contribución a la Meteorología Colombiana».

les una fertilidad permanente. Se impone el estudio hidrológico de las llanuras de la Costa atlántica y pacífica y la proyectación y realización de un plan sistemático para llevar a cabo su irrigación.
